



MARÍA REIG

**SONÓ UN
VIOLÍN
EN PARÍS**


ESPASA

MARÍA REIG
SONÓ UN VIOLÍN EN PARÍS

© María Reig, 2025

www.mariareig.es

Por acuerdo con Sandra Bruna Agencia Literaria, S. L.

© Mapa de las guardas: Andrés Aguirre Jurado @aaguirreart

© Editorial Planeta, S.A., 2025

Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 22.246-2024

ISBN: 978-84-670-7578-6

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impresión: Rodesa

Impreso en España-*Printed in Spain*



1

LA VELADA

Sonata n.º 9 para violín y piano, op. 47, «Kreuzer».
Adagio sostenuto-presto
Ludwig van Beethoven

Sonó un violín en París el día en que la conoció. El cielo lloraba sobre su paraguas mientras, en un alto en el camino, Jacobo admiraba las caprichosas formas orientales del palacio del Trocadero. El rumor de la fiesta que se celebraba en el interior fluía hacia arriba por los dos imponentes minaretes y hacia abajo por la majestuosa cascada de escalones lamidos por agua fresca. La estatua de la fama que coronaba la cúpula parecía estar a punto de alzar el vuelo en busca de un edificio más alto sobre el que posarse. A su espalda, ella, siempre ella, recuerdo amargo de los días más oscuros. Aquel montón de hierro del señor don Gustave Eiffel se las ingeniaba para asomarse entre los tejados allá donde fuera en París, como si su único cometido fuese agriar el ánimo del bueno de Jacobo Figueroa.

Sin valor para darse la vuelta, rendido ante aquella construcción que gobernaba esa meseta junto al río Sena, prosiguió. Era el 23 de septiembre de 1893. Tomó la avenida de Iéna hasta la rue Bassano, cruzó los Campos Elíseos y el boulevard

Hausmann —plagados de columnas Morris de chillones anuncios y al este de los cuales se adivinaba el trazo neoclásico del Arco del Triunfo—, y continuó por la rue Monceau hasta el parque homónimo. Al adentrarse en aquel rincón verde por las bellas puertas de forja, la lluvia amainó, así que cerró el paraguas y dejó que la humedad de la noche impregnara el abrigo y el sombrero de copa azabache. Desde el extremo opuesto del parque, en el boulevard de Courcelles —la duda haciéndole cosquillas en la nuca—, se giró. Y ahí estaba de nuevo la maldita torre, indiscreta entre tejas de pizarra y nubes de humo y vapor. Jacobo resopló angustiado y recorrió el tramo final de su paseo admirando las volutas de las ménsulas de los balcones de la rue Prony, los materiales de construcción amontonados en la esquina con la rue de Chazelles y esa puerta que se abría y cerraba en el número 41, dejando paso a los invitados de aquella velada en casa del señor don Guillermo Bogarín.

—No me mires así —dijo don Guillermo, contemplándola con ternura—. Todo irá bien. —Le dio un beso en la frente y salió del gabinete.

Al bajar las escaleras y llegar al vestíbulo, el señor Bogarín, artífice de la *soirée* y propietario del palacete, advirtió la silueta del recién llegado Jacobo Figueroa, que ya había entregado el abrigo y el sombrero a una doncella y se disponía a entrar en el gran salón. Don Guillermo, destacado escritor y mejor anfitrión, lo saludó con afecto.

—Don Jacobo, qué alegría que ya esté aquí. Con usted, estamos todos salvo la señora Leroy y su sobrino, a quienes no les ha sido posible asistir, y el señor Álvarez-Caballero, que se unirá más tarde.

A Jacobo se le iluminó la mirada, pero logró disimular ante el entusiasmado don Guillermo. Como promotor del

viaje que estaban a punto de emprender por Europa, el señor Bogarín había tenido el acierto de organizar aquella velada para una primera toma de contacto antes de subirse al tren. Y es que, aunque algunos se conocían, otros hacía tiempo que no coincidían o jamás se habían visto en persona. La vibración de una cuerda afinada en «la» interrumpió la atropellada conversación de bienvenida de aquellos dos hombres y apremió su entrada en el salón, donde una audiencia vestida con sus mejores galas miraba con atención al rincón junto a uno de los ventanales, donde dos mujeres, una al piano, la otra blandiendo un violín, se preparaban para iniciar su recital.

Si Jacobo no hubiera conocido de antemano la lista de viajeros de aquella aventura que comenzarían en un par de días, podría haber pensado que se trataba de dos intérpretes al azar, contratadas para amenizar esa noche lluviosa de finales de septiembre. Pero la conocía. Así que cuando la señorita doña Clara Balaguer apoyó la quijada en el violín con decisión, frunció el ceño y empezó a mover el arco sobre las cuerdas metálicas, Jacobo no pudo más que admirar la increíble posibilidad que aquel viaje le brindaba: la de poder conocer a aquella célebre violinista. A medida que la interpretación de la sonata de Beethoven avanzaba, se fue convenciendo del inmenso talento y virtuosismo de aquella mujer. Los ojos de la reunión de elegantes vestidos de franela, exquisitos tocados y fracs no podían apartarse de ella, de la firmeza de sus movimientos, de los gestos de su rostro: recorrido profundo por estadios semiconscientes del ser humano. La certeza del ritmo, la caricia en los oídos, en el alma, si es que existe. El vaivén de aquellas ondas de cabello castaño claro, al servicio de la honestidad triste con la que el violín despedía notas perfectamente ejecutadas, acompañado por un piano certero, hipnotizó a los presentes. La mirada de la violinista, entrega-

da al instrumento, como si pudieran susurrarse el camino mutuo. El brazo derecho, encargado del arco, se movía ágil, casi flotando. La mano sobre el diapason parecía temblar debido a la rapidez con la que los dedos pisaban las cuerdas. De pronto, una parte que parecía una nana. De golpe, la velocidad en el tempo aumentaba, creando sensación de angustia. La intensidad incrementaba y disminuía al servicio de la historia que, en un respetuoso diálogo, contaban piano y violín. Los dedos pálidos entregados al *pizzicato*; y, sin tiempo para parpadear, la última parte, cada vez más intensa, más grande, los dos instrumentos hermanados en aquella efusiva despedida tras la aparente calma.

Un aplauso inundó la sala. Las dos intérpretes saludaron, agradecidas. Jacobo contempló la débil sonrisa de la señorita Balaguer, cuyos ojos parecían hundirse en la nada, único horizonte que parecían apreciar en ese palacete burgués. Una dama de cabello claro y vestido azul oscuro se acercó a la violinista y le susurró algo al oído. Acto seguido, uno de tantos admiradores quiso felicitarla y la mujer de azul se hizo a un lado. Jacobo fue testigo entonces de cómo, en apenas un segundo, Clara construía, ladrillo a ladrillo, una nueva sonrisa que pesaba, que no quería nacer de sus labios. Le apetecía unirse a los halagos, pero vio cómo la figura de la señorita Balaguer quedaba engullida por sentidos seguidores y aduladores de postín, así que abandonó la idea.

—Buenas noches, querido amigo.

—Buenas noches, Juan —contestó Jacobo—. ¿Las has escuchado? —dijo señalando al rincón donde las dos intérpretes habían tocado minutos antes.

—Solo el final. La señorita Balaguer es buena. Qué lástima que no haya hecho carrera en España —comentó.

Juan Álvarez-Caballero era, sin lugar a duda, el mejor amigo de Jacobo y principal responsable de que se hubiera

unido a ese viaje y, por lo tanto, de que estuviera allí aquella noche. Se habían conocido hacía dieciséis años en Madrid mientras Jacobo se buscaba a sí mismo en su país natal, tras terminar su formación en la *École des Beaux-Arts* de París, y Juan cursaba sus estudios en la Escuela de Comercio. Pese a que cada uno había seguido un camino distinto —Jacobo regresó a París, donde se había hecho un nombre como arquitecto, y Juan se quedó en Madrid, ciudad en la que se había convertido en un afamado empresario dedicado a la exportación de mercancías a América—, podía decirse que su amistad era de las genuinas, de las que no se agrietan ni enmohecen con el paso de los años. Jacobo había animado a Juan a expandir su red clientelar a la que era una de las capitales financieras del mundo y así hizo desde 1886, cuando abrió oficina en la rue Scribe. En 1888 adquirió un bonito apartamento en el boulevard Saint-Michel, donde residía, por lo general, la mitad del año, si no más. En sus visitas semanales al Café de Madrid para almorzar, cobijo de intelectuales y periodistas franceses y de refugiados republicanos españoles del círculo de don Manuel Ruiz Zorrilla —proscritos desde la vuelta de los Borbones al trono en 1874—, había conocido, en 1890, al escritor franco-español don Guillermo Bogarín. La patria lejana común, pese a que Bogarín, a esas alturas, se sentía más francés que otra cosa, y la simpatía que despertaron en el otro convirtió su almuerzo semanal en una tradición compartida cada jueves, en la que parloteaban sobre los titulares franceses y españoles.

Fue en uno de esos almuerzos cuando Bogarín le habló a Juan del viaje por Europa que estaba preparando con ayuda de la agencia Cook. «Solo se lo estoy diciendo a personas de mi máxima confianza, que me inspiran admiración y simpatía. Mi idea es conformar un grupo selecto para vivir una experiencia única de descubrimiento, aprendizaje y, quizá, de

inspiración —le había dicho antes de mojar su espeso bigote en la taza de café—. Será un viaje largo, tenga en cuenta que deberá posponer sus compromisos unas semanas, pero estoy convencido de que de él pueden salir grandes ideas para el futuro», había añadido. Al principio Juan, a punto de sacar su empresa a bolsa, había rehusado sumarse al viaje, pero, al contárselo a Jacobo, al hablarle de la ruta y de los acompañantes, este no solo lo instó a que reconsiderara su negativa, sino que le pidió que convenciera a Bogarín, a quien también conocía de alguna ocasión, de que lo incluyera a él. Después de mucho pensar, y tras contemplar cómo su entrada en el mercado de valores se había efectuado con éxito, accedió y, gracias a la familiaridad y afecto que Jacobo solía despertar en los demás, Bogarín hizo extensiva su invitación al arquitecto.

—Caballeros, permítanme presentarles a dos de los integrantes más ilustres de nuestra pequeña gran expedición por el continente. —Se acercó Bogarín a ellos, copa de champán en mano—. Son la condesa Karimova y el señor don Ferdinand Mercier.

Jacobo y Juan saludaron, caballerosos, a la condesa, una anciana mujer que vestía luto y que sostenía parte de su agotada osamenta en un bastón rematado en marfil y zafiros. Aunque sus modales eran exquisitos, la frialdad y la rigidez dirigían sus movimientos; sus labios arrugados en una mueca sin significado aparente, quizá cansada de saludos, quizá educada en otros usos en la distante Rusia. Como contrapunto, la figura esbelta del señor Mercier, uno de aquellos pintores impresionistas que, tras una profunda incomprensión y mofa hacia su arte, había conseguido aburguesarse. Con una pizca de arrogancia, achacada por muchos al inmanejable ego del artista, correspondió al saludo de aquel par de amigos españoles sin interesarse en demasía por sus ocupacio-

nes. El señor Bogarín, animal social por excelencia, además de promotor del encuentro, se lanzó entonces a contar, ya en francés, idioma compartido por todos los viajeros a pesar de la diversidad de orígenes del grupo, cómo había conocido a cada uno. Después, el señor Mercier no perdió la ocasión de relatar el modo en que había nacido su amistad con la condesa Karimova.

—Compró uno de mis cuadros en mi exposición de 1887 en la galería de Georges Petit. La condesa es una gran coleccionista con un gusto exquisito —dijo, simulando un sentido cumplido que, en realidad, era un aplauso para sí.

—No podría llevarle la contraria, señor Mercier —respondió ella.

Los demás sonrieron y asintieron con amabilidad sin tener muy claro qué más añadir. Pasaron el resto de la velada charlando con unos y con otros. Entre los asistentes, además del grupo del viaje, había otras tantas personas de gran interés. Estaba la pintora Louise Catherine Breslau y su pareja, la también artista Madeleine Zillhardt; el pintor y empresario Pedro Gil Moreno de Mora, quien le había presentado al señor Bogarín al pintor valenciano don Joaquín Sorolla, dispuesto a hacerse un hueco en París desde hacía unos cinco años; el compositor Ernest Chausson, el historiador y crítico de arte Louis de Bousès de Fourcaud, el escritor español don Benito Pérez Galdós —de visita en París y con el que Bogarín se llevaba bien a ratos—, e incluso el recientemente nombrado prefecto del Sena, el señor don Louis Lépine.

En aquel París sumido en la *belle époque* parecía haber lugar para todos. Convertida en la capital cultural del mundo, cuna de vanguardias, atraía a artistas y aspirantes de cualquier rincón del globo dispuestos a cincelar en piedra el fruto de su talento. El rediseño de las calles puesto en marcha desde mediados del siglo XIX, la mayoría iluminadas con lámparas

de gas a la espera de la generalización de la electricidad, había dado como resultado una urbe de saneadas avenidas, grandiosos monumentos, adictivos escaparates y abarrotados teatros y cafés; una ciudad en la que se miraba el resto de las ciudades hasta el punto de que todas anhelaban ser París. Bohemios y obreros se amontonaban en barrios de la periferia como Belleville y Montmartre, hacinados a la espera de que el destino de Europa comenzara a pintarse con colores más favorables para su torturada o tortuosa existencia. En el centro, entre *matinéés*, restaurantes a la carta y quioscos de prensa y flores, los parisinos más acaudalados vivían al margen de las tensiones que, como tumores, se estaban enquistando en el alma francesa. El silente odio a Alemania, que los había derrotado en la guerra de 1870, se entremezclaba con la sensación de inestabilidad y corrupción en la que vivía sumida la Tercera República, nacida oficialmente un año después del fracaso en la guerra franco-prusiana, y con las últimas secuelas de la crisis económica que había asolado el continente durante dos décadas. La recesión, no obstante, ya había empezado a revertir, llenando a muchos de un optimismo necesario en medio de esa edad de la *décadence* en la que todo parecía estar a punto de desintegrarse en espurias cenizas. En aquel tiempo, todo ocurría en París: los más apasionantes sueños y las más siniestras pesadillas. Todo cabía en París.

Tras la cena, y conforme la bebida fue incorporándose al ánimo de los asistentes y perfiles como el de la condesa Karimova se fueron retirando, se relajaron las formas. Así, una pareja de actores del Théâtre des Variétés tomó el piano que horas antes había tocado la señorita Marie Junot y animó la fiesta al ritmo de *Qui qu'a vu Coco?* Las risotadas y los bailes se escapaban por los cuatro ventanales del salón que algún empleado había acertado en abrir para favorecer la ventilación. Jacobo observó cómo, en cierto momento, la señorita

Balaguer, acompañada de la señorita Junot y de la mujer del vestido azul, salía del salón. No había tenido ocasión de dirigirse a ella y felicitarla. Se preguntó si tendría momento en aquel viaje o si sería de ese tipo de estrellas tan brillantes que su resplandor no permite que nadie se aproxime.

Al rato, cuando el piano estaba en manos de algún invitado de gran entusiasmo, pero nulo oído, Juan hizo a Jacobo la señal de retirada. Se despidieron del señor Bogarín, que les recordó que debían estar el lunes, a las ocho de la mañana, en la Gare de Lyon. Se lo había repetido varias veces durante la velada; también lo de que no era recomendable llevar mucho equipaje. «No más de dos bultos y no muy pesados. Con un traje, el de repuesto y un frac o esmoquin para las cenas debería bastar», había señalado. Juan y Jacobo asintieron una y otra vez hasta que salieron al frescor de la noche, las iracundas gotas impactando de nuevo contra los paraguas. Antes de continuar, ambos se dieron la vuelta y contemplaron la fachada de caliza y ladrillo y el tejado de pizarra del palacete del señor Bogarín.

—Pues ya está —musitó Jacobo.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —se aseguró Juan.

El otro lo miró y asintió con la cabeza, decidido. Juan asintió también.